

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CEREMONIA DE CONMEMORACION
DEL 45° ANIVERSARIO DE NACIONES UNIDAS

SANTIAGO, 24 de Octubre de 1990.

Señoras y señores:

Agradezco muy sinceramente esta gentil invitación a participar en este acto de conmemoración del Cuadragésimo Quinto Aniversario de Naciones Unidas, y agradezco, del mismo modo, las palabras tan generosas del señor Secretario Ejecutivo de CEPAL, don Gert Rosenthal.

Soy de los que creen que el espíritu que anima a Naciones Unidas, y su acción desplegada a lo largo de su existencia, ha significado una valiosa contribución para la humanidad. Por eso Chile ha sido, desde sus inicios, un colaborador leal de la acción de Naciones Unidas, y un entusiasta sostenedor de la acción de CEPAL en América Latina.

Naciones Unidas nació después que el mundo, durante la primera mitad de este siglo, se desgarró en dos guerras que demostraron al hombre de nuestro tiempo la imperiosa necesidad de sentar bases sólidas para consolidar una paz estable y el progreso de los habitantes de esta tierra, fundadas en el respeto a los derechos esenciales de las personas y en la búsqueda del diálogo y la negociación para la solución de los conflictos que son inherentes a la naturaleza humana.

Como Presidente de Chile es para mí un honor rendir un homenaje a los compatriotas que contribuyeron en esos años a la materialización de esta iniciativa tan trascendental, a través de la delegación chilena integrada por altos representantes de todas las corrientes políticas, entre los cuales estuvo Gabriel González Videla, que sería Presidente de la República un año más tarde.

Es motivo de orgullo para todos los chilenos saber que nuestro país, pequeño y lejano, tuvo una participación importante

al contribuir con su voz al logro de algunos de los rasgos esenciales de la organización, como fue la defensa y valoración de los Derechos Humanos, inserta en los lineamientos centrales de Naciones Unidas.

La historia ha demostrado en nuestra propia experiencia la importancia de esa función de Naciones Unidas, como defensora de los derechos humanos para todas las personas de la Tierra.

Chile fue también decidido impulsor de la iniciativa que condujo a la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y en ello jugó un papel fundamental el jefe de la delegación chilena, aquí presente, Hernán Santa Cruz, convencido de la necesidad de coordinar políticas encaminadas a promover el desarrollo económico de la región para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

La creación de CEPAL, en 1948, -cuya sede quedó radicada en nuestro país- se ha justificado con creces, al materializarse en una fecunda labor de reflexión y pensamiento que ha contribuido a la formación de una conciencia colectiva de desarrollo económico y social en América Latina, desprovista de las limitaciones de un regionalismo estrecho. Es importante destacar que en su concepción original, CEPAL sostuvo la necesidad de que América Latina abordase su modernización en un marco de apertura hacia el resto del mundo.

En nuestros países, CEPAL ha hecho un aporte en el estudio de la realidad continental, en los diagnósticos socio-económicos de la región tan necesarios para pensar en las soluciones; en asesoría técnica, capacitación y propuestas de políticas para impulsar el desarrollo de nuestras naciones.

Sus equipos profesionales y técnicos, de la más alta calidad, se han distinguido no sólo por la seriedad de sus estudios, sino también por su decidida vocación por el desarrollo de nuestro continente. Todas las Naciones Latinoamericanas tienen justificadas razones para estar agradecidas de CEPAL y de quienes han dirigido con tanto acierto sus trabajos: Raúl Prébisch, Gustavo Martínez, José Antonio Mayobre, Carlos Quintana, Norberto González, Enrique Iglesias y Gert Rosenthal.

Permítanme, especialmente, expresar mi personal homenaje al Dr. Prébisch, que con recia personalidad y espíritu abierto e incansable, marcó desde sus inicios los rumbos al trabajo de CEPAL.

Como ustedes saben, hace sólo un mes me correspondió participar en la Asamblea General de Naciones Unidas y en la Cumbre Mundial de la Infancia, que convocó a 70 Jefes de Estado, en Nueva York. Allí fue palpable el hecho de que asistimos a un momento esperanzador de la humanidad. Cuando caen los muros que

han dividido a los hombres por motivos ideológicos, cuando el diálogo y el entendimiento cobran nueva vigencia y sustituyen a la confrontación y la guerra, la humanidad tiene motivos para mirar con optimismo el futuro.

Ello nos impone, sin embargo, nuevos desafíos. Probablemente el más urgente tiene que ver con lo que hemos llamado la deuda social con los más pobres. Porque se trata de una deuda que se acumula y sigue aumentando en vez de disminuir. Esta es una responsabilidad para nuestras generaciones que convoca no sólo a los gobiernos, sino a la sociedad toda y a la acción internacional. Problemas como la drogadicción, la violencia, el deterioro del medio ambiente, el SIDA, obligan a una cooperación global.

En este contexto nuevo, Naciones Unidas está llamada a desempeñar un papel fundamental. Si la distensión que hoy presenciamos es efectiva y perdurable, visualizamos a esta organización abocándose a la búsqueda de soluciones para esos problemas, otorgando a la salud, la educación, la vivienda, el empleo, el papel de la mujer, el desarrollo de la juventud y otros temas análogos, la prioridad que requieran.

Por ello, recibimos con beneplácito el reciente informe de la CEPAL que propone a nuestros países una transformación productiva con equidad. Los planteamientos centrales de ese informe se dirigen a buscar un camino de desarrollo y equidad en democracia.

Por mucho tiempo hemos sostenido los mismos principios: desarrollo, equidad y democracia se refuerzan mutuamente y la búsqueda de uno solo de esos objetivos, olvidando los otros, termina derrotándose a sí misma, al relegar al hombre a la simple condición de "recurso económico".

Hay quienes afirman que preocuparse por el desarrollo basta, porque todo lo demás resultará como una consecuencia necesaria y sin requerir acciones conscientes de política económica y social. Ellos esperan una suerte de "chorreo" económico y político, que resuelva, posteriormente, los problemas de distribución de los frutos del desarrollo y de participación en las decisiones para lograrlos.

La historia demuestra que se requieren acciones conscientes para lograr la equidad y la participación y, que sin ellas, el desarrollo no se sostiene. La equidad y la participación se construyen, no se reciben.

Por su parte, los esfuerzos por mejorar la distribución del ingreso y por fortalecer la democracia, tampoco se sostienen si no hay desarrollo. Por eso, junto a estos esfuerzos, es necesario asegurar los niveles de inversión que se requieren para crecer. Es preciso, al mismo tiempo, promover el eficiente funcionamiento

de los mercados, el progreso de la tecnología, el incremento de la productividad de las empresas, la conquista de nuevos mercados y la existencia de adecuados estímulos para empresarios y trabajadores. También es necesario mantener estrictamente los equilibrios macroeconómicos para evitar el desorden y la especulación.

Desarrollo, equidad y democracia participativa son desafíos simultáneos y no sucesivos.

En nuestro país se han hecho, durante las últimas décadas, algunas reformas que han sido fundamentales para el desarrollo, como la reforma educacional, la reforma agraria, la apertura del comercio exterior, la reforma fiscal. Pero necesitamos avanzar mucho más en la equidad y el perfeccionamiento de nuestra democracia, que requiere modificaciones institucionales que están todavía por hacerse.

Las grandes tareas de esta etapa nos exigen acelerar el crecimiento y mejorar la distribución del ingreso en el contexto de una sociedad democrática, pluralista y participativa, donde cada ciudadano se sienta parte de una sociedad que le ofrece oportunidades y medios para alcanzarlas.

Sabemos que un objetivo tan ambicioso como éste, no se logra en pocos meses o aún en pocos años. Por esta misma razón, los esfuerzos tienen que emprenderse en todos los frentes, para lograr que los éxitos en unos faciliten los avances en otros. Las inevitables demoras y retrocesos ocasionales, como la que nos han causado las recientes fluctuaciones en el precio del petróleo, han de reconocerse como escollos en el camino y no como barreras insalvables.

Es ésta la tarea en que estamos empeñados.

Nos estimula y nos confirma el hecho de ir con la corriente de los tiempos. Nos alegra también que en este nuevo Aniversario de Naciones Unidas, su acción se perciba con un aporte valioso a la esperanza de un porvenir mejor para la humanidad.

* * * * *

SANTIAGO, 24 de Octubre de 1990.

MLS/EMS.